



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

ac agenda cultural
Alma Mater

Separata

39.º Premio Nacional de Literatura modalidad testimonio

FINALISTAS



39.º Premio Nacional de Literatura modalidad testimonio

Las transformaciones de la sociedad colombiana en la última década, derivadas de los diálogos entre las FARC y el Estado, la firma del acuerdo de paz y su implementación, han abierto el espacio propicio para que muchas personas dejen constancia de los hechos vividos a través de testimonios. Los Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia reconocen que la escritura testimonial puede contribuir al conocimiento del pasado como hecho necesario para transitar hacia la paz. Si bien el testimonio es un género híbrido que se nutre de procedimientos propios del periodismo, la etnografía, la historia, la política y la literatura, se entenderá, para los fines prácticos de este Premio, como una narración literaria que documenta acontecimientos y hechos verificables en lo real; una narración escrita en la que, con los recursos estilísticos y estéticos de la literatura se dota de voz a los protagonistas no oficiales de la historia y se otorga un lugar a la memoria colectiva de las comunidades.



Finalistas

Tal como le establecen las bases del Premio (Resolución Rectoral 48918 del 11 de mayo de 2022, parágrafo del art. 14), “con base en el material evaluado, el jurado seleccionará las obras finalistas que serán promulgadas y, posterior a ello, elegirán la obra que, a la luz de los términos y requisitos establecidos en la presente Resolución, sea merecedora del premio”.

Una juez en zona guerrillera

Julián Andrés Montoya Palacio

Uno

A ver negrito, antes de contarle todas esas cosas que viví con la guerrilla cuando era juez allá en Ituango, yo creo que debería empezar por la historia desde antes de que yo naciera.

Imagínese pues que mi mamá era la menor de muchos de hermanos. Ella nació en 1921 en el municipio de La Unión, en una finca en la mitad de la vereda El Guarango, a nueve kilómetros del parque de La Unión. Hoy día ese pueblito queda como a hora y media de Medellín, pero en esa época, de lo complicado y lejos que era el camino, había gente que moría por allá sin ir nunca a la capital del departamento. María Hermelina Botero Restrepo le pusieron mis abuelos; nunca supe por qué, teniendo un nombre tan lindo como María, todo el mundo le decía Hermelina, y los que le tenían confianza, que eran pocos, estaban autorizados a decirle Mela.

Antes de que se montara Rojas Pinilla a la presidencia de la república, la mujer no tenía derecho al voto y menos a estudiar. Enorme problema para Mela, porque ella quería ser médica; doble inconveniente porque imagínese uno en un pueblito bien lejos de todo, donde a duras penas había primaria en las escuelas, y eso que mal enseñada, ahora pa' que esa muchachita saliera con que quería estudiar medicina. El caso es que molestó tanto con su idea que se ganó una beca para instruirse en la escuela normal de señoritas en la capital del país, Santafé de Bogotá. Ella nunca nos contó mucho de ese viaje, pero creería yo que no fue muy ameno que digamos, porque uno pequeño, sin plata, bien montañero y tener que irse lejos de la casa. Eso no es como ahora que uno para contactarse con la gente hace una videollamada; en esa época, si mucho, uno podía mandar una carta al mes y contar con suerte para que llegara.

Hermelina tenía dos hermanas mayores que andaban con ella pa' arriba y pa' abajo: Herminia y Aurita; las tres eran conocidas como las tías, porque ya tenían sobriños antes de que nacieran. Las tres eran muy inteligentes, pero como mi mamá era la que mostraba más capacidades para el estudio, ellas dos se pusieron de acuerdo para apoyar a la niña. Su primer acto para confirmar la decisión de apoyarla fue vender una vaquita que tenían entre las dos mayores para enviar con esa plata a

Mela, a sus escasos once años, a la capital del país con Próspero, uno de sus hermanos mayores. El plan era entregar la niña a una de sus primas que se llamaba Sara Botero, con el compromiso de que cuando terminara sus estudios y fuera toda una profesional, volviera para ayudarles a ellas.

Entonces las tías se quedaron trabajando arduamente para poder mandarle algo de dinero al mes y que así pudiera comprar las cositas de aseo. No fue sino que Mela llegara a la escuela de señoritas para que la directora le dijera:

– Vea niña, yo le voy a ser muy sincera para que no tengamos problemas. Yo sé que usted quiere ser médica, pero váyase bajando de la nube de una vez porque en un país como este donde mandan los hombres nunca va a llegar a serlo; eso sí, le puedo decir: si a usted le va bien aquí, se esfuerza más de lo necesario y demuestra que tiene las capacidades, yo le puedo ayudar a llegar a ser directora de escuela, que es el cargo más grande al que una mujer puede aspirar.

Contaba mi mamá que ese fue uno de los golpes más duros que tuvo en la vida, que solo por el hecho de ser mujer le cortaran las alas, pero que lo vio como una oportunidad y pensó: “si yo no puedo ser médica, entonces voy a ser la mejor maestra que ha tenido este país”. Mucha agua pasó debajo del puente, muchas necesidades, trabajos y situaciones complicadas sucedieron mientras ella estudiaba, pero de alguna manera logró graduarse.

Apenas recibió el título le tocó tomar una decisión que marcaría toda su vida: la misma directora que años atrás le había dicho que no podía ser médica se le acercó y le dijo:

– Mela, le tengo dos propuestas, pero solo puede elegir una: la primera, es que se vaya conmigo como asistente para Estados Unidos. Allá la sociedad está más avanzada y yo le ayudo para que estudie medicina; yo sé que usted es muy buena y lo puede lograr; la segunda, es que la puedo nombrar profesora en La Unión, el pueblito de donde usted viene. Ahí le dejo ese problema; tiene hasta mañana para decidir.

Mi mamá no necesitó todo ese tiempo. Inmediatamente, con lágrimas en los ojos, le respondió:

– Yo no tengo nada que elegir, mándeme pa’ La Unión, porque si yo me voy con usted, por allá lejos, ¿qué va a ser de mis hermanas?

Así fue, se regresó a vivir a la casa de sus papás, donde había nacido ella y todos sus hermanos. Así pues, la última función en Colombia de la directora de la Escue-

la Normal de Señoritas de Santafé de Bogotá había sido nombrarla profesora de la escuela rural de El Guarango, lo cual era muy cómodo para mi mamá porque se podía ir caminando desde La casa grande, como se llamaba la finca de los abuelos.

Mucho se cuenta de esa etapa de maestra. El caso es que fue tan buena, que al cabo de cinco años la nombraron directora de la escuelita principal del pueblo. Ahí aprovechó y, en conjunto con sus hermanas, esas que años atrás le habían dado la mano para estudiar, compraron una casa en toda una esquina del parque. Por esa época, según se lee en sus pasaportes, las tías viajaron por Venezuela y Ecuador, cosa que para tres mujeres solas en la Colombia de los años 40 era toda una proeza. La verdad es que ninguna de las tres me contó mucho de esas experiencias, de pronto porque cuando pregunté tenían la memoria tan gastada que no guardaban ya retentiva de esos tiempos.

Fueron varios los años que Mela ejerció como directora. En esa época, Herminia empezó a desmejorar en su estado de salud, le daban mareos, dolores de cabeza, se le dormían los pies y tenía fuertes ataques de pánico algunos días, por lo cual consultaron al médico del pueblo.

Ese doctor, un tipo serio y malencarado, según cuenta mi mamá, le dijo:

– Vea señora, su hermana está sufriendo de la circulación. Eso no se cura; de pronto la podemos controlar con alguna medicina y uno que otro té de yerbas, pero eso sí le quiero advertir, se va a tener que ir a vivir a un sitio más cálido porque este frío de La Unión la está matando. Si usted quiere que le dure unos añitos, es mejor que se vayan de aquí.

Mela, muy preocupada, empezó a gestionar una posible solución a lo que le había dicho el médico, contando con la suerte de que el director departamental de educación tenía mucha afinidad con ella, por lo que pudo gestionar un traslado para una escuelita en el barrio Belén Altavista de Medellín. Le bajaron de cargo, porque de ser directora iba a pasar a ser profesora de nuevo, pero fue un asunto que generara mucho inconveniente porque la salud Herminia era más importante. El problema, en este caso, era encontrar un sitio donde vivir; sin embargo, gracias a sus hermanos Saúl y Bartolo, que se habían dedicado al campo con una inteligencia increíble para hacer negocios y generar dinero, habían visto unos lotes en San Javier, un sector campestre de la ciudad del que se hablaba mucho por esa época. La idea era vender la casa del pueblo, comprar el lote y construir una casita, asunto que tampoco tuvo mucha demora gracias a la capacidad de relacionamiento de Herminia, que se demoró más en ofrecer la propiedad a sus conocidos que en que se la compraran.

Mis padres

No había pasado mucho tiempo de estar viviendo en Medellín cuando Mela por cosas del destino conoció a Carlos Alberto Palacio, un tipo moreno, con una nariz más bien prominente, de contextura gruesa, por no decir que obeso, y alto para la época; según mi mamá, él era un tipo muy bien parecido. Yo, siendo un poco más objetiva, diría que Alberto era feo. Este señor comerciaba entre pueblos diferentes tipos de mercancía: ropa, elementos de cocina, chucherías, cosméticos, electrodomésticos, tanto nuevos como de segunda; en todo caso, cualquier cosa que la pudiera comprar muy barata y venderla a mejor precio. El hombre era viudo y tras la muerte de su esposa había quedado a cargo de seis criaturas: el menor no alcanzaba el año en ese momento.

Decía mi mamá, no sé si será del todo cierto, que a ella no le gustaba mucho la idea de salir con Alberto, pero apenas él la llevó a la casa donde vivía en el barrio San Joaquín y vio en las condiciones tan horribles en las que estaban viviendo esos huérfanos de madre, tomó la decisión de ayudarlo a criarlos. Entonces imagínese, cuando medio le estaba sonriendo la vida a mi mamá, económicamente hablando, le apareció este señor con seis bendiciones y quedó embarazada de su primer hijo; si hacemos cuentas, no debió haber sido mucho tiempo después de conocerse con mi padre, porque el menor de la primera camada no tenía todavía un año cuando se fue a vivir a la casa de Alberto.

Alberto, machista, como la sociedad lo ha sido históricamente, no permitió que mi mamá siguiera trabajando porque en palabras de él: “la esposa de un Palacio no puede trabajar”. Dicen por ahí que la familia de él era de Santa Rosa de Osos y tenían mucha plata, por lo que le prometió a Mela que la iba a tener como una reina, cosa que nunca sucedió.

Apenas Mela llegó a la casa de San Joaquín, su nuevo marido se perdió a “trabajar” en lo que sabía hacer; la dejó con poco dinero, embarazada y con seis muchachitos a su cargo. Como Saúl y Bartolo no habían estado de acuerdo con el matrimonio de mi mamá, le habían quitado toda ayuda, prohibido a las tías que le colaboraran y negado rotundamente su regreso a San Javier; de alguna manera ellos pensaban que con ese bloqueo económico la iban a hacer recapacitar.

Pasaron pocos meses cuando Herminia se dio cuenta de que su hermanita estaba aguantando hambre, así que decidió unilateralmente ayudarlo sin que sus hermanos se enteraran; lo que hacía era un poco complicado, pero se iba a arriesgar para que Mela no sucumbiera al hambre y a la pobreza. En la mañana salía a ordeñar una de las vacas que tenían en el barrio, junto con unas papitas, frijoles

y demás revuelto que sacaba de la despensa. Se iba todos los días en un bus de La Loma, que pasaba por la avenida San Juan; ese bus iba desde un barrio más arriba de San Javier hasta el centro de la ciudad, pasando cerca a San Joaquín, entonces quedaban en que Mela la esperaba en la vía para ella poderle pasar las cosas por la ventana del carro y no tener que bajarse, porque no tenía más plata para pasajes.

Después de toda esta operación, Herminia continuaba con su viaje en bus hasta que diera toda la vuelta y la volviera a dejar en la casa, empresa que repetía todos los días sin falta. El inconveniente es que Aurita no demoró mucho en darse cuenta y fue a contarle a sus hermanos, quienes en vez de tomárselo mal hablaron con Mela para que volviera, y así fue como construyeron el segundo piso en la casa de las tías, donde se fue a vivir toda esa muchachada con su nueva madre adoptiva. Mientras tanto, Herminia y Aurita se quedaron en el primer piso como equipo de apoyo a esa magna labor.

Ya en la casa de San Javier nació Carlos y después nació Juan; se llevaban un año casi exactamente. También apareció Lila, que entre ella y Juan se llevaban un año larguito.

En ese momento, Mela empezó a penar un poco por su situación económica pues, como era de esperarse, Alberto se iba mucho tiempo a “comercializar” su mercancía y lo que traía no era suficiente para mantener a tal batallón; entonces, como era una creyente acérrima de la religión católica, fue a hablar con el sacerdote del barrio y le dijo:

– Padre, estoy criando a seis muchachos que son hijos de mi marido, la mamá se murió en el parto del último y yo ya tengo otros tres niños desde que estoy casada. Tengo que responder por nueve bocas juveniles, más dos hermanas que me ayudan con la crianza de toda esa muchachada. Mi esposo viene pocas veces al año solamente a hacer las debidas correcciones en el hogar y yo no alcanzo a tener los recursos completos para que vivamos de forma digna. Estoy pensando en planificar con la píldora para no tener más familia y así concentrar mis esfuerzos en los que ya hacen parte de mi hogar.

Dicen mis tías que el sacerdote la sacó corriendo de la iglesia, mejor dicho, ni que le hubiera mentado la madre, le gritó que si se le ocurría planificar la iba a excomulgar, que Dios proveería en caso tal de que tuviera más familia.

Como Mela tenía sangre de tipo O negativo, para la época se complicaban los partos debido a que necesitaba gran cantidad de transfusiones sanguíneas para resistir el nacimiento de los hijos; también esto complicaba la gestación, por la gran cantidad de inconvenientes de salud que sufría durante esos tediosos nueve

meses. El caso es que en una visita de mi padre una vez más volvió a quedar en embarazo, pero esta vez era distinto porque a diferencia de los tres anteriores este la tumbó a la cama, mejor dicho, el nacimiento de ese bebé y el que ella quedara viva iba a ser todo un milagro. Para ese momento, en sus oraciones mi mamá le prometió a San Blas que si la salvaba a ella y a su futuro retoño le pondría como primer nombre Blas si salía niño o Blasina si era niña. Contra todo pronóstico superó el embarazo y nació yo y efectivamente mi madre cumplió su promesa y de ahí viene mi poco agraciado nombre Blasina. Después de mí, nacieron Bayron y Germán, pensaría que ya no se veía mucho mi madre con mi padre, porque Germán siempre se llevaba como seis años conmigo. También, como era de esperarse, apenas nació el último hijo, no se volvió a saber casi nada de Alberto.

[...]

Julián Andrés Montoya Palacio. Soy creador de contenido, fotógrafo y escritor de la ciudad de Rionegro. Con más de cuatro años de experiencia realizando proyectos como independiente para la producción de material de calidad con especial enfoque en la creación de memoria gráfica por medio de las artes visuales, específicamente orientado en la fotografía de naturaleza, cambio climático y la adaptación de la fauna a la urbe. En cuanto a la escritura, he tenido la oportunidad de publicar en varias revistas como: *El colectivo* y *Nave de los necios*, como también estuve entre los finalistas del concurso de cuento de EPM del 2019. Aparte de lo anterior cuento con un espacio en *Medium* y mi página web personal donde publico contenido escrito semanal.

La grieta

Dos familias en guerra

Juan Camilo Gallego Castro

I

La traición

Del totumo dicen que lo vio todo, que escuchó cada tiro, que vio cada cuerpo desfallecer, que vio la sangre, que olió la pólvora y el miedo de quienes disparaban y de quienes no entendían por qué estaban muriendo.

Algunas razones tendrán los que dicen que en las tardes y en las noches, del totumo surgen gritos y cantos y caballos al galope, a pesar de que no hay más casas ni personas por donde se mire. Un día, el hombre que vive cerca se despertó a medianoche, nervioso, apocado por la soledad, abrumado por muchas voces inteligibles. Tomó su escopeta y disparó hacia donde nacían los murmullos, en dirección al totumo. ¡Pummmmmmm!

Este totumo lo vio todo. Fue testigo del bosque que dio paso a pastizales para ganado, testigo de la casa de madera que Manuel Buitrago construyó para su familia, testigo de los niños que aquí nacieron y aquí crecieron, testigo de los partidos de fútbol de la vereda, testigo de los juegos en el arroyo.

Este totumo lo vio todo, insisto, fue testigo de las fiestas con guitarra que amenizaba Ramón, el propio Ramón Isaza, el mismo viejo que el día de las muertes, el 17 de septiembre de 1982, tenía cubierta la cara y venía decidido a matar a Manuel, uno de sus mejores amigos, pero no lo encontró, y entonces ordenó disparar, cumplir con un trabajo incompleto.

El totumo le escuchó su voz ronca, el totumo lo vio dirigir a otros hombres, el totumo tuvo a sus pies los cuerpos de Carlos y de Alirio, de Fabián, de Gildardo, de Marcos. El totumo conoció sus cuerpos vivos, el totumo presencié sus muertes. Por eso, dicen algunos, el totumo es un símbolo. El totumo, ese que ahora veo al lado de un arroyo disminuido, al lado de potreros y montañas sin árboles, cerca de una casa de madera, sabe qué pasó aquí, pero lo único que puedo hacer al mirarlo

es lanzarle preguntas, imaginar, retroceder cuarenta años y saber que aquí, bajo su sombra, al lado de su tronco viejo y vigoroso, nació una guerra.

A esto le llaman Santa Rita. A esta casa de madera, a este establo, a este arroyo que se mueve con pasmo, a este totumo viejo, a este valle pequeño abrasado por un sol que no permite nubes en el cielo.

El arroyo pasa por mi lado y mis botas se hunden en la arena. Ahí está el totumo, allá está la casa, rodeada por un césped reluciente. Hace un rato crucé en una moto un puente colgante sobre el río Claro o río Cocorná Sur. Miré hacia abajo las aguas oscuras que indican la lluvia de estos días y me percaté de lo que tantas veces me dijeron Manuel Buitrago y Ramón Isaza: a los amigos solo los dividía el río. Unos días Manuel iba donde Ramón a la vereda La Estrella y en otras ocasiones Ramón cruzaba el río y animaba las fiestas en Santa Rita.

No hay fiesta ahora, tan solo un sol picante y el murmullo del arroyo. Esta casa de madera es el único vestigio que queda de la familia de Manuel Buitrago. Está a un par de horas de Doradal, un pueblo que marca la mitad de camino entre Medellín y Bogotá, las dos ciudades más importantes de Colombia. Un caballo inquieto no deja de mirarme desde un establo lúgubre y abandonado. Al lado de la casa hay un pequeño jardín: flores amarillas, naranjas, violetas. Es poco más del mediodía y no hay señal que indique que este lugar, el totumo, la casa de madera, el césped reluciente, fuera la sede de fiestas campesinas, de aguardientes, guarapos y cervezas. A esas fiestas asistían los Buitrago, los Castaño, los Mazo, los Daza, los Ramírez y los Isaza, las familias que poblaron estas montañas.

Parezco detenerme en el tiempo, mirando el totumo y haciéndole preguntas al comenzar la tarde. Vuelvo a pensar que esa guerra que nació aquí fue la guerra de dos familias: los Isaza y los Buitrago. Lo que antes separó un río, luego fue una grita, sin puentes, profundo, tenebroso, relleno con sangre.

Manuel Buitrago se la ha pasado huyendo en los últimos cuarenta años. Los fantasmas son rumores de que ya están cerca para matarlo, de que le siguen los pasos, de que debe buscar un nuevo lugar para vivir. Si hay cultivos, déjelos, si hay animales, déjelos. Apenas ahora puede echar de nuevo raíces en un barrio alto y pobre de Medellín.

Desde la sala de su casa vemos la tarde naranja y entendemos que el viento anuncia la noche. Vive aquí arriba del valle, desde donde ve la ciudad y las casas amontonadas de estos barrios llenos de familias desplazadas por la guerra, de familias que buscaban una tierra, de familias que invadieron la montaña y que construyeron sus ranchos. Como él.

Es la primera vez que nos sentamos a solas. Tiene los pies descalzos y unas manos gigantes y fuertes que apoya sobre sus rodillas. Se sienta recto y su voz parece cansada. Nació el primero de noviembre de 1930 y su vida está dividida por una fecha: antes de la muerte de sus hijos en Santa Rita, su vida añorada, y luego de la muerte, la vida llorada.

Manuel Buitrago supo desde pequeño que la tierra de sus padres Agustín Buitrago y María Cupertina Martínez era pequeña y no alcanzaba para que también la trabajaran sus hermanos Horacio y Emilia. Las de San Luis, el pueblo de su infancia, a tres horas de Medellín, son montañas pendientes, violentas, son balcones que miran abismos formados por ríos prístinos cargados de piedras.

Agustín era un campesino en una tierra sin carreteras, solo conectada por caminos, atravesada por mulas y caballos, de pantanos y serpientes. Cuando construyeron la primera escuela en esas montañas, cambió de vereda para que sus hijos aprendieran a leer y a escribir. Que fueran a estudiar era sacrificar la mano de obra que necesitaba para sembrar la tierra. Horacio, Emilia y José Manuel inauguraron la escuela de Salambrina.

—Yo estaba más amañado en ese estudio, estaba de ocho años, feliz estudiando—, me dice Manuel entre una sonrisa débil y quejosa. —Yo era tan amante al estudio que no salía al recreo. Rosarito Martínez, la profesora, me decía: José, salga al recreo, salga. Pero yo me quedaba leyendo y escribiendo.

La nueva tierra no fue promisoría para la siembra, y la decisión de Agustín fue regresar a la vereda en la que antes vivían. Horacio y Emilia, los hijos mayores, se quedaron en la escuela con la profesora y Manuel tuvo que resignarse a regresar derramando lágrimas “como si se hubiera muerto mi mamá”.

—No llore mijito— le dijo ella mientras regresaban—, que yo le hago tareítas en la casa para que siga estudiando.

Horacio y Emilia los visitaban cada semana. Estudiar era un privilegio. No importaba la edad, había niños de ocho años con jóvenes de dieciocho aprendiendo a leer.

Las respuestas de Manuel son breves como sus recuerdos más antiguos. Hay saltos de décadas; ese pasado, el de sus primeros años cuando era un campesino es una fotografía, el esbozo de un momento que resume en segundos.

Que luego de que sus hermanos vivieran dos años en la escuela, regresaron a la vereda. Pero Horacio se fue de la casa a buscar trabajo y anduvo perdido por varios años. No sabían si vivía o no, no existía comunicación. La única certeza era que algún día regresaría con sus padres. Hay una foto en sepia en la que Horacio está de pie con su madre. Ella agarra sus manos y aprieta los labios en su cara redonda, no hay sonrisas. Él tiene el cabello negro, elevado, peinado a su derecha, y un bigote diminuto que más parece una línea sobrepuesta en su boca, es un tipo alto, bien parecido, viste una camisa y una chaqueta abierta hasta abajo del pecho.

Horacio volvió a casa y se casó. Manuel y Emilia hicieron lo que les correspondía a los hijos: ser dos trabajadores más. Él en la tierra y ella en la cocina.

Cerca de allí, al otro lado de la quebrada La Tebaida, vivía Herlinda Ramírez. La fuerza de los días lo llevaron a fijarse en ella, porque conseguir un amor en la lejanía del pueblo era una labor difícil, una tarea incierta para un hombre de campo.

—Me casé en San Luis. Cuando eso mis pobres viejos no tenían la forma de ayudarnos. Y, sin embargo, hicieron el esfuerquito para el matrimonio. Como tenían muchas gallinas, mataron dos y las llevaron para el almuerzo.

Tenía 23 años cuando se casó, en 1953. Se fue con Herlinda a una vereda más caliente y con mucho pescado. Un año después Luis Enrique Zuluaga, un colono del pueblo, les propuso a su hermano Horacio y a él tumbar monte y colonizar nuevas tierras. Manuel ya sabía que el predio de su papá era pequeño y que la aventura propuesta le prometía una nueva vida.

En este punto Manuel siempre se emociona cuando le pregunto por Santa Rita. Dice “eh, ave María”, “hombre, por Dios”, “esa tierra tan buena”. Habla como recordando las palabras de su amigo el colono, que en tal parte yo me perdí y me vine a tirar a salir a un río que se llama río Claro. Por ese río me vine y encontré unas tierras muy buenas. Si ustedes me acompañan nos vamos a romper. Se adentraron en el bosque y caminaron dos días. En el recorrido cruzaron la finca ganadera Santa Rita. Manuel no encontró otro nombre para darle a la tierra a la que llegaron. Esa fue, desde entonces, la vereda Santa Rita.

Cada uno eligió un pedazo de tierra. Trabajaron juntos y derribaron árboles que dieron paso a claros en las montañas en donde luego construyeron sus casas e hi-

cieron sus sembrados. Horacio llevó a Santa Rita a su esposa y a sus tres primeros hijos. Manuel se instaló a unas tres cuerdas con su esposa y su hijo recién nacido. Luis Enrique, por su lado, se quedó a vivir solo, pero luego se aburría y vendió a otro colono del pueblo.

A mis viejos no los iba a dejar por allá arriba en San Luis, me dice ahora Manuel. Ya tenía sus cultivos, sus marranos, sus gallinas y suficientes peces para pescar en los ríos. Comida no faltaba. Llevó a sus padres a la vereda y les construyó una casa de madera como la suya, de techo de paja y cubiertas de tablas de chingalé, cedro y cedrillo.

En esa tierra Manuel construyó una cancha de fútbol y sembró el totumo que vio crecer a la familia, que vio poblar la vereda y que vio a su hijo Gustavo correr entre el arroyo y la arena, colgarse de los árboles y corretear a las gallinas. En Santa Rita nacieron los demás hijos.

Santa Rita era entonces la tierra de los Buitrago.

[...]

Juan Camilo Gallego Castro. Soy periodista de la Universidad de Antioquia con especialización en Derechos Humanos y DIH y maestría en Ciencia Política. He publicado tres libros sobre el conflicto armado en el Departamento de Antioquia (Colombia), ganadores de convocatorias públicas de la Gobernación de Antioquia: *Fin de semana negro* (Sílabas Editores, 2019. Finalista a libro periodístico del año del premio CPB en 2021), *Aquitania. Siempre se vuelve al primer amor* (Sílabas Editores, 2016) y *Con el miedo esculpido en la piel. Crónicas de la violencia en el corregimiento La Danta* (Hombre Nuevo Editores, 2013). Soy coautor del libro *Nueva narrativa latinoamericana sobre drogas* (Fundación Gabo, 2021).

La secreta dulzura del dolor

Andrés Felipe Madrid Escobar

Primer testimonio Al niño lo trajo el ejército

El siguiente testimonio corresponde al señor... que de niño fue testigo del reclutamiento de niños en la zona páramo, testigo del asesinato de la maestra en la escuela de La Quiebra, y presencié la muerte de su abuelo, carpintero del municipio de Argelia, desaparecido y asesinado en el municipio de Sonsón.

*

Don Alberto Bedoya tiene treinta seis años, tenía catorce cuando todo el mundo hablaba de Karina entre dientes. Aun no entiende cuando le hablan entre dientes. No sabe hablar con ironía, ni sabe de metáforas, pero su testimonio es el de un niño cuyo magín sigue repleto de fantasmas del pasado, que no le hablan ni lo atormentan, pero que pueblan su memoria con una transparente verdad y barcos de papel y globos de colores. Soñaba con aprender a hacer barquitos de madera como lo hacía su abuelo.

— Esos barquitos los aprendí a hacer cuando pasó la guerra.

Entusiasmado por querer hablar de su abuelo y de las personas que hicieron parte de su infancia en la vereda La Quiebra, empieza acordándose del celador de la escuela.

— Me imagino al celador de la escuela con cara de sapo. Recuerdo que el día 20 de febrero del 2000 Karina llegó a la escuela. Por la tardecita me dio dizque por ir a jugar fútbol y ahí estaba el celador, acostado en la mecedora de mimbre. Los niños de La Quiebra habíamos aprendido a identificar a un cadáver que aparenta dormir su siesta. “Lo mataron por sapo”, me dijo Luz Marina Blandón, que le escuchó decir a su hermano. Luz era tan miedosa como yo y como la hija de un primo lejano que también estudiaba con nosotros. Blanca Bedoya se llamaba, porque desapareció y dicen que la mataron también por abrir mucho la boca. Cuando pasó la guerra por allá en esa vereda, entendí que sapo era sinónimo de informante de la guerrilla o

de los paramilitares. Cómo le explico: son como dos equipos de fútbol que tienen su hinchada. Los de un equipo suponen que todos en esa vereda, aunque éramos niños, éramos y nos señalaban como hinchas del otro equipo. Unos visten de color verde selva y los otros no tienen uniforme, pueden estar entre nosotros y no darnos cuenta. Pero era muy niño como para entenderlo a mayor profundidad. A los señores verde selva, como yo los llamaba, también les parecía muy miedosa y un tanto presumida Luz, que un día le abrió la puerta de su casa a un extraño.

—Con ella ajustarán cuentas la próxima semana, escuchó don Miguel Alberto que decían unas voces entre las hojas de Congo que rodeaban la escuelita de La Quiebra.

Fue inevitable: pasaron los recuerdos por su memoria mientras el tiempo andaba en el viejo reloj de la escuela, sin caja, sin bisel, sin horario, y podría decirse que sin minuterio: se nota que intentó arrancarlo una mano gruesa, como la del papá de Blanca subiendo por su falda blanca de flores deslucidas. También es una metáfora. Pero cualquier niño entiende de qué les hablo.

Y para no hacer muy cansona la historia de un niño que creció en medio del miedo y como la mayoría del relato se concentra en su infancia, la voz periodística y la voz personal se fusionan en primera persona para evitar repetir durante todo el texto: “cuando era niño”. Por esta razón se construye un personaje niño, aunque el testimonio corresponda a una persona adulta. Dejemos entonces que sea él que nos cuente:

Los vi la mañana del 19 de julio del dosmil dos, vestidos de color verde selva, agazapados a las chambranas mirando pasar a Blanca. “Se rien de lo miedosa que parece la profe Martha esperando a que le llegue la muerte”, decía el cadáver que se mece en mi memoria, o sea el celador con cara de sapo. Es curioso, pero realmente parecía un sapo y para hacernos reír croaba y saltaba como sapo. Su sobrenombre obviamente se debe a que era informante del otro equipo. Ese muerto, que aparenta dormir, era el celador de la escuela; un tipo gordo, un mono santuario de dos metros de alto. El viejo calvito de gafitas sabe muy bien que no podrá levantarse desde ahí y caminar hasta el cuartito de madera a calentar su ración de lentejas. Por eso la muerte lo congeló tocándose la cabeza como recordando algo. Porque los muertos recuerdan casi todo. Porque los muertos caminan por los pasillos de la memoria, pero no por los pasillos de la escuela. Eso de que en mi escuelita hay fantasmas que asustan, es mentira. Bueno, parece un fantasma, porque ya está muerto y asusta, pero dicen que, si un niño como yo se acerca a un cadáver, viene Lokar y juega fútbol con la cabeza de uno y eso si es verdad y da más miedo que los fantasmas que no existen. Lokar es alias Karina, pero yo la llamo así porque se me parece a uno de esos monstruos de los cómics que alguna vez vi en las revistas que guardaba mi abuelo en sus rebujos. Yo mismo la vi jugando ayer

con la cabeza de un policía. Y tiene que creerme porque yo no quiero que me crezca la nariz como a pinocho. El señor cara de sapo usaba botas de caucho negras y camisa blanca untada de tierra y olvido todo el tiempo. Bueno, todavía las usa, porque no han venido ni vendrán a levantar el cadáver y lo enterrarán como buen campesino, con las botas puestas. Pero estoy seguro de que aún guarda la esperanza de volver a caminar y le da miedo divagar como un fantasma por la escuela en la que vivía como un espectro que solo comía, hacía sus necesidades en los cultivos, porque eso servía de abono y se alimentaba de los sobrados que quedaban en el restaurante escolar. Era tan miedoso que adelantaba el reloj dos minutos para no tener que vivir el terror a la hora en punto. Llevaba su sombrero aguadeño hasta el mentón, tapaba la realidad con su sombrero y rumorando siempre, se hacía el dormido cuando la guerrilla llegaba.

Blanca y Luz quedaron de venir aquí a esta hora para hacer tareas conmigo. A la escuela desolada no le agrada nuestra presencia. El cadáver del celador no hace compañía.

He ido a mi casa a almorzar y era otra vez vísceras de pollo. Desde que los muertos de esta vereda quedan con sus vísceras expuestas al tímido sol paramuno, no he vuelto a comer vísceras de pollo.

Mientras la neblina en Sonsón no deja pensar, en el patio de la escuela de La Quiebra que todavía existe, tal vez empiece a caer el sol, pienso.

Es inevitable: El reloj suizo sigue andando sobre la mano del difunto. Creo entender que la vida no se detiene cuando la muerte se mece con la misma nostalgia de las cortinas del salón y el reloj de la escuela no deja de gritar. Creo entender la guerra que ha llegado a Sonsón, pero la vaina es que apenas tengo ocho años.

Bueno, adelantemos un poquito la historia. Eso del celador cara de sapo hacer parte del pasado, bueno, pero no del olvido porque todos en esta vereda lo recuerdan como si estuviera vivo comiendo lentejas en su silla de mimbre. Pero les quiero hablar de la profe Martha que se hace la boba, pero ellos la han visto a través de los huecos de la ventana y esperan que alce la mirada para saludar.

Con el mismo afán con el que yo le hacía nudos a la bolsa del pan que me daba don Efraín el de la panadería La Siria, así como cuando yo no dejaba ver mi lonchera del glotón de Gustavo, ella, la profe Martha, guarda el sobre amarillo que toda la semana se la pasó llenando de cartas y papeles – sobre que yo todavía no dimensiono por lo escaso que es mi magán de niño en esta época – y mete la cabeza dentro del cajón del pupitre como un canguro afligido por el frío. Para no dejarse ver de los señores de las pistolitas la profe Martha se comporta como una niña que llora en silencio mientras el reloj de la escuela no deja de gritar.

La profe Martha deshizo en un instante el árbol que yo había dibujado en la pizarra verde dejando un rastro de borrones blancos que parecía el camino nevado que veo en sueños protegido por enormes pinos y muy solo. Así mismo es Sonsón en la niebla, en el olvido.

Dos días antes de ese cinco de abril del dosmil llovía como nunca en Sonsón.

Dos días después, el barco de papel se mueve lento en la hoja blanco y la profesora me pide que con motas de algodón le haga una nube. De lo entusiasta que estoy, sin culpa, empujo el tarro de pegante con la mano izquierda. El tarro rueda por la mesa y antes de caer, se derrama, lento, grumoso por la pata de la mesa. Parece pintura, leche. Para remediar el daño trato de recoger el pegante con las manos y lo refriego en la hoja; todas las motas de algodón las pongo sobre la hoja. El barco no se ve.

La profesora me pregunta por la ruta tormentosa que lleva mi invento y yo le indico con el dedo índice que la neblina es la culpable.

– El barco se ha perdido de vista para la gente, profe, pero da la sensación de que todavía voy aquí en la barca, con mi abuelo – le explico.

La profe me mira con incredulidad y le quita varias motas de algodón, tan impaciente, que extraño a la maestra que fue antes de que los señores de las pistolitas cruzaran por la ventana.

Años después, la neblina, el frío y la muerte también la invadirán a ella. La profe no me ha preguntado y no le pienso decir que los señores verde selva están acampando detrás de la escuela y que desde la semana pasada esperan a que ella los salude, que salga del salón y los salude, eso es todo. Lo sé porque lo mismo pasó con el señor que transportaba estudiantes a lomo de mula. Aquí no más, saliendo de la escuela, está su calvario; el día que salió a saludarlos ya era demasiado tarde.

Esta neblina que cubre hoy a Sonsón viene a llevarse a la profe Martha: el barco de algodón no miente.

Por recomendación del abuelo he cerrado las ventanas y los ojos, pero un frío del que nadie puede escapar rodea las casas del pueblo, entra por los rotos de las ventanas y se acuesta en mi cama. Hay de nuevo una sensación de helamiento aquí en mis huesos. La gente dice que no hay nada más ardiente que el calor de hogar, pero como la profe también dice que el frío es la ausencia de calor, yo creo que es mi papá el que se trae la helada del cementerio pensando que todavía está vivo.

Un día antes de arrancar las motas de algodón de mí dibujo, profe Martha nos hizo otro experimento: cuando el papel se diluye queda en grumos y con esas bolitas uno puede hacer

niños. Pero los niños hechos con papel diluido no son de mi agrado. Son como los niños de nieve. Se caen, se fracturan, se desaparecen. Son como niños campesinos, como yo, testigos víctimas y desplazados. Bueno, yo sí me caigo a cada rato, pero gracias a la virgencita, nunca me he fracturado, ni me han desaparecido.

Las florecitas sí necesitan mojarse mientras duermen, pero, así como van diez días sin llover, yo llevo más de quince días sin dormir bien y solo me entretengo con sensación de dibujar, entre el diluvio y la noche, el barco, que, en sueños, mi abuelo intenta navegar hacia una orilla. No puedo ver los sueños de mi abuelo, pero él me los cuenta. Yo sí que tengo imaginación. El barco de madera soñado por mi abuelo también está hecho de papel y ahora no es más que una pequeña barca de madera vieja, abandonada a la orilla de la laguna. Pero el barco tiene un sueño. Luego de haberlo soñado, el abuelo lo diseñó con papel y lo transformó en madera. Por eso el barco también es hijo del árbol. El abuelo dice que todos los sueños son frondosos y no se mojan, porque están rodeados de árboles grandes como una sensación de alivio. Su madera vieja da cuenta de que el papel viene del árbol y está juiciosamente elaborado con un material que me impide imaginarlo.

Todo lo demás que cuenta el abuelo es verdad.

También las manos de mi abuelo fabricaron gran parte de las casas que rodean La Quebra. "Las cosas se parecen a su dueño", dice mi abuelo.

[...]

Andrés Felipe Madrid Escobar. Escritor y dramaturgo. Estudiante de último semestre de la Licenciatura en Artes Escénicas de la Universidad de Antioquia. Trabajó por varios años en el segundo Laboratorio de Paz de PRODEPAZ a través del cual construyó varias narrativas del conflicto armado en la zona páramo a partir de testimonio de víctimas del frente 47 de las FARC. Ha publicado las investigaciones sobre la violencia: *Método químico alquímico de escritura dramática* y *Niños y guerrillas: Ecuaciones de la guerra en los juegos dramáticos*. Ha publicado: en narrativa: *El corazón de la Secuoya* y *No soy como Adán*; en poesía: *El libro de Alguien*, *Las trampas del dolor*; en dramaturgia: *Juegos inofensivos para Mamá Luna*, *Reparo*, *La otra edad del niño*, *Los pájaros afónicos* y *otros monólogos*, *Los pájaros famélicos* "Beca Nacional de Dramaturgia del Ministerio de Cultura" y cuatro obras de teatro infantil. Hizo parte del proyecto Narrativas de memoria: Hacemos Memoria en convenio de cooperación entre la Universidad de Antioquia y la Deutsche Welle Akademie, de este proyecto surgió el ejercicio fotográfico y libro de literatura testimonial *Gloria Mejía: Canción de medianoche*.